

Cola partida

Rafael de Naranjo

Cola

partida



Capítulo 1

Cola partida

Nada adoraba más el niño que nadar por los mares. Sumergía su cuerpecito temprano en la mañana, cuando las aguas eran de un azul zafiro y podían verse los peces y cangrejos. No había mañana en la que no despertase ilusionado por caminar hasta la orilla del mar, sumergirse o, mejor aún, lanzarse desde las piedras altas de los acantilados y nadar en la tranquilidad del azul. Cuando se acostumbró a esta rutina, pensó que no era tan descabellado incluso nadar hasta la red que dividía la costa con el mar adentro. Así que un buen día despertó y lo hizo. Sus amigos lo consideraban una locura y con tal de impresionarlos les demostraba cuán lejos llegaba su alcance en el agua. Lo que disfrutaba más era cuando veía que nunca se atrevían a seguir el ritmo de su nado. Por ello, los niños le respetaban y le consideraban el más valiente. Nadie podía hacerle frente en la mar, hasta el punto de que el agua se le hizo más natural que la tierra.

Cuando su hábito cumplió un año, el niño se percató de la presencia de un pez plateado y de cola partida como una tijera de podar, que nadaba junto a él y seguía su paso por el agua. El pez no tardó en convertirse en su compañero por las mañanas. Siempre en aquel mismo lugar debajo de los acantilados, ese pez seguía dando vueltas entre las rocas. Incluso parecía esperar al niño.

Acabó por bautizarlo con un nombre. Con el pasar de las mañanas empezó a hablarle como si fuera el mejor de sus amigos. Le llevaba migas de pan que guardaba de sus propios sándwiches de días anteriores. Su amigo incluso llegó a profesar cariño, pues besaba los pies del niño y se comía su piel muerta.

En su época de vacaciones, el padre advirtió la ausencia prolongada del niño por las mañanas. Cuando lo vio listo para salir, vistiendo un pantalón corto y liso, y unas chancletas ya gastadas, le preguntó hacia dónde se dirigía tan temprano y qué planeaba hacer con tales pintas.

—¿Cómo? —exclamó con horror cuando le hubo contado a dónde se dirigía y qué era lo que llevaba haciendo durante la ausencia del padre—. Hijo ¡Pero te vas a matar! ¿No ves que el mar es peligroso? A partir de ahora no irás a nadar ¡Te puedes morir! No quiero que te ahogues o te dé un calambre. No te lo permito.

—Pero lo hago todos los días desde hace más de un año.

—No más.

Al ver que esas palabras no eran suficientes para persuadir a su hijo, el papá relató todos los casos de ahogamiento que él conocía (más de una docena), y también todos los ataques de bestias marinas que había visto por la tele y escuchado por la radio y de demás barbaridades con tal detalle que lograron horrorizar al niño. Resultó inútil protestar por sus aguas. “Son aguas tranquilas”, le insistía. Él ya las conocía de derecho y de revés. Pero no. Su padre montaba un berrinche cada vez que este se atrevía a llevarle la contraria, argumentando que la seguridad era lo más importante. De modo que aquel día no fue a nadar y pensó en el pobre pez, que esta vez nadaría solo. Tampoco fue al día siguiente, ni el que vino después, pues el padre le ordenó a la madre y al hermano mayor vigilar al niño para que ni se le ocurriera asomarse a la costa.

Así fue el día después del día siguiente, y el de después, y el de después... Llegó la época de lluvias y el ritmo de la vida escolar hizo que el niño olvidase el mar por un tiempo, hasta que encontró una revista que reviviría sus ilusiones en la casa de un amigo. Poco le importaba al amigo esa revista, así que se la regaló. En ella, el niño conoció a los mayores nadadores y marineros de la historia, en fotos de papel brillosos y textos que contaba sobre ellos en letras grandes y en letras chicas. No consiguió dormir esa noche y, envuelto en una emoción incontrolable, partió aquel mismo amanecer al agua, pensando en que el momento que tocase el agua se convertiría en un hombre como los de la revista. En su mente resonaban las palabras y amenazas del padre, pero el niño decidió que no le llevaría la corriente. Nadó moderadamente, pues el sol saldría pronto y no quería llegar cuando su padre se levantase. A parte, notó que en él crecía un miedo al recrear las escenas grotescas que le había descrito el padre en su cabecita, quien le regañó ese día al ver cómo caía el agua de su ropa. Este, completamente encolerizado, llegó a gritarle al niño, quien era un insolente al aventurarse a la costa solo y a esas horas, pues al estar las aguas poco concurridas podía haber monstruos y demás bestias dispuestas a matar o comerse a un niño de su edad. “La naturaleza es cruel” le dijo “Y las personas somos muy frágiles, y tú solo eres un niño, ¿cómo vas a defenderte?”. Todo eso pasaba en la cabecita del niño mientras nadaba contra la marea el día siguiente, angustiado. Ese día no tuvo ganas de cruzar el umbral. Tampoco vio a su amigo. Volvió a casa con el sol naciendo en la lejanía, sintiéndose un mal niño. Y pasaron las semanas y los meses. El niño no volvió a frecuentar las orillas. La memoria de su amigo de plata perdió la relevancia del pasado en su corazón.

Todo cambió con el regreso del calor. No podía pensar en otra cosa que no fuera la costa. El verano se tornó tan insoportable y aburrido que decidió intentar nadar una vez más como el pasado año. Tanto era lo que se divertía, pensaba con melancolía. Recordó haber hecho un amigo pez, y recordó haberle dado un nombre. El hecho de no recordarlo lo llenó de

una tristeza que no consiguió comprender. Sintió vergüenza de sus impulsos infantiles. Sin embargo, el mar lo seguía llamando. No soportaba el calor entre aquellas paredes, ni las constantes peleas de sus padres, ni el ojo opresivo de sus hermanos. De modo que planeó su escape. Debía ser al mediodía, cuando la madre salía a comprar y tanto los hermanos como el padre se encontraban trabajando. Buscó las sandalias y la calzoneta nada más partió la madre a hacerla compra, con una emoción que le costó trabajo contener. Solo que esta vez llevaría consigo la navaja pequeña de su madre. Ella no la echaría en falta si la agarrara de su cajón. Al fin y al cabo, recordó que en el mar había todo tipo de bestias. Salió a hurtadillas de la casita y se puso rumbo a la costa. Una vez llegó a los acantilados, bajo el sol de un maravilloso día, en lugar de lanzarse como antaño, se introdujo en el agua dedo a dedo como si se bañara en una tina, navaja en mano. Una vez soltó su cuerpo en el agua, comenzó a temblar.

No apartaba la mirada de lo que había debajo de sus pies. ¿Y si aparecía algo? Recordó las revistas, se convenció de nadar hasta la red como antes, pero el miedo continuaba paralizando sus brazos con cada metro que avanzaba. Ya no abría los ojos. Y dudaba. El azul le parecía un vacío tenebroso.

Muy cerca de su meta, tiró un grito, pues creyó ver medusas y mantarrayas debajo de sus dedos, por lo que se dio la vuelta y nadó hasta la orilla sin dejar de mirar atrás en caso de que un tiburón lo estuviera siguiendo.

Desconocía esas aguas, no eran las mismas del año pasado. No eran serenas ni brillantes, sino inquietantes y misteriosas. Pensaba lo mucho que dolería si el tiburón le atravesaba las costillas y se lo comía, pintando el agua de rojo, y él, una presa indefensa, gritaba, sollozaba y se ahogaba en el rojo de su sangre. ¿Y si le daba un calambre? Nada bueno tenían esas aguas, lo más sabio sería volver. Nadó más de prisa, una brazada más corta que la otra. Una sombra, justo debajo de sus pies, lo estaba siguiendo. Gritó, pataleó en pánico. Se dio la vuelta, pero la sombra seguía allí. Se le pasó por la cabeza una mantarraya.

Una mantarraya que le introduciría la cola en el pecho desnudo y lo partiría en dos. Entonces golpeó el agua, gritando. Pero la sombra se acercó y el niño divisó una raya de plata se abillantaba por el sol. Notó que algo rozaba su piel.

El monstruo estaba ahí. Una anguila le clavaba sus colmillos y su cuerpo se retorció al ser electrocutado. Gritaba, se ahogaba. Perdió el ritmo de su pataleo, el ritmo de sus brazadas. Nadaba contra la marea. Pensó en su inminente muerte, ¿no era verdad que los humanos son frágiles? Cualquier cosa lo mataría, si no era más que un niño, ¿qué iba a hacer él? Sintió el roce otra vez y sacó la navaja. Apuñaló el agua sin contener los

gritos de pánico. El agua se turbó. Tras el torbellino de histeria, notó que el filo atravesaba algo y que de la mano que empuñaba el filo brotaba sangre. Nadó sin mirar a dónde se dirigía. Lloraba. Se topó con una de las piedras del acantilado. Se aferró a ella. Cuando lo vio, huyó del agua, trepó la piedra y, al temblar tanto, soltó la navaja. Y se sentó en la piedra a llorar. Cuando el agua llegó a serenarse, se tornó transparente. Pensó que el brillo plateado de la orilla era la navaja que había perdido. No obstante, al acercarse, se percató de que lo que brillaba no era la plata del filo, sino un pez plateado de cola partida como tijeras de podar que flotaba, con el ojo tan seco y muerto, mirándolo directamente a los suyos.